

CONSIDERACIONES GENERALES ACERCA DE LA ROMANIZACIÓN DE LAS TRIBUS GALAICAS

MARÍA ÁNGELES DEL RINCÓN MARTÍNEZ

Para el estudio de la etapa cultural referente a la conquista militar romana y la posterior romanización del territorio noroccidental de la Península Ibérica, que comprende las actuales provincias gallegas, el norte de Portugal desde el Duero y la parte occidental de Asturias desde el río Navia, disponemos de fuentes escritas y arqueológicas.

Varios autores — Estrabón, Plinio, Mela, Ptolomeo, Apiano, Tito Livio, Orosio, Floro, Plutarco, Eutropio, Veleyo, Ampelio, Salustio, Dion Casio, César entre otros — nos proporcionan, en sus escritos, noticias dispersas acerca de las luchas sostenidas entre las tribus galaicas y los ejércitos romanos. Únicamente Plinio, Mela y Ptolomeo nos describen las medidas administrativas llevadas a cabo después de la conquista militar. Las fuentes callan por completo en cuanto se da por finalizado el período de conquista, por lo que el estudio de la etapa siguiente ha de basarse en los datos arqueológicos que permitirán establecer el grado de romanización alcanzado por el territorio.

El panorama que nos presentan las fuentes es muy confuso. Las citas de que disponemos son muy breves y de su estudio se deduce que Roma no dio a esta zona la importancia conferida a otras zonas del resto de la Península, como la Celtiberia o Lusitania, de las que se han conservado el recuerdo minucioso de los hechos militares, así como de los caudillos que los protagonizaron.¹

1. Para el estudio del aspecto militar disponemos de algunas obras generales, entre las que destaca P. BOSCH y P. AGUADO, *La conquista de España por Roma*, en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, II, Madrid, 1962. Otras tratan sobre aspectos particulares: C. TORRES RODRÍGUEZ, *Conquista de Galicia por los romanos antes de las Guerras Cántabras*, Santiago de Compostela; id., *Galicia en las Guerras Cántabras*, en *Boletín de la Universidad de Santiago*, n.º 51-52, 1948, 51 ss.; SCHULTEN, *Los cántabros y astures y su guerra con Roma*, Madrid, 1943.

En el año 139 a. de J. C. se produce el primer enfrentamiento entre las tropas romanas y una de las tribus del noroeste, concretamente la de los galaicos, denominación que luego se extenderá a todas las del territorio.² Se trata de una expedición de castigo llevada a cabo por el cónsul de la Ulterior, Quinto Servilio Cepión, contra esta tribu y la de los vettones, quizá porque éstas habían prestado ayuda a sus vecinos los lusitanos.

Carácter de castigo tiene también la expedición de Décimo Junio Bruto,³ cuya victoria le hace acreedor del sobrenombre de Galaico. Varios autores nos dan noticia de este hecho ocurrido en el 137 antes de Jesucristo.⁴

Esta zona no vuelve a ser mencionada hasta César,⁵ el cual realiza incursiones en el territorio noroccidental por vía terrestre y marítima con objeto de pacificar toda la provincia Ulterior.

El último intento de resistencia de algunas tribus galaicas se produce durante las guerras cántabras,⁶ pero la rápida intervención de Augusto pone fin a esta sublevación y pacifica definitivamente la región.

El largo período de tiempo que va desde el principio al fin de las hostilidades nos da a entender que la zona no fue objeto de una acción continua y sistemática que tuviera como finalidad su conquista militar.

En cuanto a los móviles que impulsaron a Roma a la conquista del noroeste fueron dos principalmente. Uno, de seguridad militar: la posible ayuda prestada por estas tribus a los territorios de Lusitania y Celtiberia y el mismo estado de oposición y rebelión existente en el territorio ponían en peligro las zonas ya conquistadas por Roma. Además, para llevar a cabo una total labor de romanización era preciso poner fin a cualquier posible foco de resistencia. El otro objetivo, de gran importancia, fue el económico: la riqueza en metales, concretamente en oro, de la zona noroccidental, bien conocida por los romanos como se refleja en las fuentes,⁷ fue el principal aliciente para la intervención de los ejércitos romanos. En época de paz ya se inicia en este territorio la explotación sistemática de los yacimientos auríferos dirigida por el Estado, siendo ésta la principal actividad econó-

2. APIANO, 70, en *FHA*, IV.

3. APIANO, 73-75, en *FHA*, IV.

4. ESTRABÓN, III, 3, 1; *id.*, III, 3, 2; *id.*, III, 3, 4; APIANO, 73-75; TITO LIVIO, *Per.*, 55-56; PLUTARCO, *Quaest. Rom.*, 34; EUTROPIO, 4, 19; OROSIO, 5, 5, 12; FLORO, 1, 33, 12; RUFIO FESTO, *Brev.*, 5, 1; AMPELIO, 47; en *FHA*, IV.

5. APIANO, *Iber.*, 102; PLUTARCO, *César*, 12; SÜETONIO, *César*, 18; DIO CASSIO, 37, 52-53; ZONARAS, 10, 6; JOSEFO, *Bell. Ind.*, 2, 374; en *FHA*, V.

6. FLORO, 2, 33, 48-60; OROSIO, 6, 21, 1-11; en *FHA*, V.

7. ESTRABÓN, III, 3, 4; *id.*, III, 3, 5; PLINIO, XXXIII, 21, 10-12; F. LÓPEZ CUEVILLAS, *Las joyas castreñas*, Madrid, 1951.

mica y al mismo tiempo romanizadora llevada a cabo por Roma.⁸

Los datos arqueológicos permiten la afirmación de que la romanización se extendió a toda la zona noroccidental. Efectivamente, la casi totalidad de los castros presentan restos de época romana; en algunos son tan escasos e insignificantes, que se puede decir que aunque continuaron existiendo después de la conquista militar, no penetró en ellos la civilización romana. Algunos castros que no presentan restos romanos es porque estaban ya abandonados antes de la conquista; otros, en muy pequeño número, dejaron de ser habitados como consecuencia de las luchas sostenidas entre galaicos y romanos, puesto que aparece el estrato de destrucción correspondiente a esta época y ningún signo de habitabilidad posterior.

Ahora bien, ¿cuál fue el grado de romanización alcanzado por esta zona? La mayor parte de los autores⁹ coinciden en afirmar que ésta fue escasa y tardía, sobre todo en relación con el resto de la Península. Efectivamente, da la impresión de que Roma se limitó a imponer en el territorio una estructura política y administrativa semejante a la existente en el resto del Imperio y siempre dirigida al servicio de sus propios intereses, sobre todo en cuanto a lo económico; pero bajo esta nueva estructura las tribus galaicas siguieron viviendo casi como lo habían hecho hasta la llegada de los romanos sin asimilar totalmente la cultura latina. Pero, examinando la cuestión más a fondo, vemos que, con el tiempo, las instituciones, el modo de vida, las creencias van transformándose, consecuencia inevitable del contacto con una cultura superior como era la romana con respecto a la indígena existente.

Veamos cuáles fueron los cambios más importantes y los factores que pudieron contribuir a ellos.

El ejército fue el primer elemento romanizador que entró en contacto con los indígenas.¹⁰ Después de las Guerras Cántabras permanecieron en Gallaecia-Asturia las legiones VI Victrix y X Gemina. Se establecerían entonces unas relaciones receptivas por parte de los indígenas a consecuencia de la superior cultura de los romanos y

8. A. GARCÍA BELLIDO, *La Latinización de Hispania*, en *Archivo Español de Arqueología*, 115-116, Madrid, 1967, 20; C. TORRES RORRÍGUEZ, *Conquista de Galicia por los romanos antes de las Guerras Cántabras*, Santiago de Compostela, 26; J. CARO BAROJA, *Los pueblos de España*, Barcelona, 1946, *id.*, *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica*, Madrid, 1943.

9. M. ROSTOVITZEFF, *Historia social y económica del Imperio Romano*, I, Madrid, 1937, 414 ss.; M. CARDOZO, *La romanizzazione del Nord-Ovest della penisola Ispanica*, en *Atti de VI Congresso Internazionale delle Scienze Preistoriche e Protoistoriche*, 1966, 53 ss.; BLANCO FRELJEIRO, *La cultura castreña*, I *Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, 1959, 191; J. CARO BAROJA, *Los pueblos de España*, Barcelona, 1946.

10. M. CARDOZO, *op. cit.*, 56; A. GARCÍA BELLIDO, *El «exercitus hispanicus» desde Augusto a Vespasiano*, en *Archivo Español de Arqueología*, 103-104.

de ser éstos el elemento vencedor. Posteriormente y como consecuencia de la reforma llevada a cabo por Vespasiano, estas dos legiones salieron del territorio, quedando únicamente la Legio VII con centro en León. Esta disminución de elementos puramente romanos se vio compensada por el hecho de que aumentó el número de soldados indígenas que entraban a formar parte de los ejércitos romanos. Cuando éstos regresaban licenciados lo hacían convertidos en ciudadanos romanos, así como toda su familia, y habiendo asimilado por completo la lengua y la cultura latina, siendo activos agentes difusores de ésta entre los restantes miembros de su poblado.¹¹

Nuevos cambios introdujo la política urbanizadora desarrollada por Roma. Tras las confrontaciones entre romanos e indígenas, y como consecuencia de la victoria de los primeros, una norma muy comúnmente aplicada por los romanos fue la de obligar a los vencidos a abandonar sus poblados fortificados y establecerse en las llanuras, para evitar la posibilidad de que nuevamente se hicieran fuertes en sus fortificaciones. Pero en otras ocasiones fueron los mismos indígenas los que, ya en época de paz y viendo que su poblado fortificado había perdido ya la razón de ser, lo abandonaron para establecerse en la llanura y dedicarse a la agricultura y la ganadería, que eran la base de la economía de la zona.

Gran importancia tuvo para la extensión de la romanización la creación de ciudades dotadas de una administración totalmente romana.¹² Algunas fueron creadas de nueva planta. Otras se convirtieron en ciudades cuando dejaron de ser utilizadas como campamento; éste es el caso de Bracara Augusta y Lucus Augusti. En algunas ocasiones los centros comerciales en los cuales los indígenas acostumbraban a reunirse periódicamente para realizar intercambios fueron transformados también en núcleos de habitabilidad continua y los indígenas obligados a establecerse en ellos, por ejemplo el Fórum Limicorum, Fórum Lemavorum, Fórum Bibalorum, entre otros, que conservaron las denominaciones tribales. También aparecen ciudades como consecuencia de la transformación de antiguos «vici», como Vicus Spacorum, que quizá se refiera a la actual Vigo. Para Caro Baroja¹³ todas las denominaciones actuales, como Beiriz, Tuiriz, Romariz, etc., en cuya terminación ve una transformación del sufijo *-icus*, *-ici*, y todas aquellas en cuya formación entra la palabra villa o villar son de origen romano, aunque algunas puedan ser de época ya posterior.

11. A. GARCÍA BELLIDO, *La Latinización de Hispania*, 3 ss.; BALIL, *Un factor difusor de la romanización: las tropas hispánicas al servicio de Roma*, en *Emerita*, XXIV, 1956.

12. A. GARCÍA BELLIDO, *op. cit.*, 18 ss.

13. J. CARO BAROJA, *Los pueblos del norte de la Península Ibérica*, Madrid, 1943.

El estudio de los textos de Plinio y Mela, donde se citan muy pocas ciudades, y de Ptolomeo, en que el número ha aumentado considerablemente, nos muestra que el proceso de urbanización era progresivo en el área de las tribus galaicas.

Otro dato a considerar¹⁴ es el de los establecimientos romanos con fines exclusivamente económicos; en esta región nos referimos a los que surgieron con motivo de las explotaciones mineras. Uno de los complejos mineros más importantes en la zona que nos ocupa es la ciudad de Barbantes, en las faldas del monte de San Torcuato, en la provincia de Orense.¹⁵ Eran núcleos de habitabilidad plenamente romanos, en los cuales se encontraban inmersos los indígenas empleados como mano de obra, que poco a poco, aunque de un modo imperfecto, irían asimilando la lengua y las costumbres romanas.

Es evidente que estas ciudades, a pesar de haber sido creadas por Roma y dotadas de una administración romana, no pueden ser comparadas con otras existentes dentro y fuera de la Península, donde sus habitantes habían asimilado totalmente las costumbres romanas. Los edificios públicos, tales como templos, teatros, circos, etcétera, que existían en todas las ciudades romanas que se preciaban de serlo, son completamente inexistentes en el área noroccidental.¹⁶

Sin embargo, algunos cambios se introdujeron entre los indígenas, como consecuencia de la creación de estos centros urbanos, y uno de los más importantes fue el de la progresiva desaparición del sistema de tribus. Las gentes que antes de la llegada de los romanos vivían agrupados en cada castro fueron distribuidas entre las distintas ciudades; el alejamiento de los de su mismo linaje, así como la nueva vida en unión de gentes de otras agrupaciones, fueron disolviendo los antiguos lazos que mantenían unida a una comunidad.

También el modo de vida, las actividades económicas de las tribus galaicas sufrieron cambios. Uno de ellos fue el incremento de la agricultura, por varias causas: la fijación de la población en la llanura, lo que permitía una mayor extensión de las tierras de cultivo; la incorporación de la mano de obra masculina, mientras que en la etapa anterior, según las fuentes,¹⁷ la agricultura estaba a cargo de las mujeres, y los hombres dedicaban la mayor parte del tiempo a la guerrilla; finalmente, la introducción de nuevos útiles, tales como el arado, que si bien se conocía ya anteriormente, su uso no se generalizó hasta esta etapa.

14. Cfr. nota 8.

15. M. CHAMOSO LAMAS, *Excavaciones Arqueológicas en la Citania de San Cibrán das Las y en el poblado y explotación minera de oro de época romana de Barbantes (Orense)*. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 1-3, Madrid, 1946, 114 ss.

16. M. CARDOZO, op. cit., 57.

17. ESTRABÓN, III, 4, 17; SILIO ITÁLICO, III, 350; JUSTINO, III, 7.

Otra actividad económica como era la minería tomó un giro distinto. A partir de la conquista romana comenzaron las explotaciones a gran escala dirigidas por el Estado o bien por particulares. Primero el ejército y después los indígenas, mediante el procedimiento de la *damnatio metalla*, fueron obligados a trabajar en las minas. Se introdujeron nuevas técnicas como la *arrugia*¹⁸ en sustitución de la antigua extracción del oro por el lavado de las arenas auríferas de los ríos, suficiente para el abastecimiento de la zona. Esto provocó un incremento de la producción, pero siempre en beneficio de Roma.

Las industrias: cerámica, orfebrería, textil, cuero, madera, cestería, continuaron desarrollándose como en la etapa castreña, aunque con algunas variaciones. Por ejemplo, la orfebrería que anteriormente había conocido su momento de esplendor se estacionó en cuanto a técnicas y tipos, al mismo tiempo que se empobreció, puesto que escaseaba el oro, por pasar a las arcas romanas. La producción cerámica continuó con los tipos indígenas, pero sufrió, aunque en menor escala que en otros lugares, la introducción de productos típicamente romanos: ánforas, cerámica común, muy poca campaniense y sigillata. Entre los productos manufacturados llegados de otros mercados romanos caben destacar los objetos de vidrio que aparecen en los ajuares funerarios.¹⁹

Otro giro tomaron las relaciones exteriores. Las que en la etapa castreña estaban dirigidas a los países atlánticos cesaron por completo como consecuencia de las guerras sostenidas con Roma. En contraposición, se abrieron nuevos mercados, aunque las alusiones a un posible comercio son muy escasas.²⁰ La presencia de productos manufacturados indica que por lo menos existieron importaciones. Por otra parte, y gracias a la red viaria creada por Roma, la zona noroccidental salió del aislamiento en que se había mantenido hasta ese momento, entrando en contacto con las distintas zonas de la Península.

Las artes no conocieron el auge de otros lugares. Ya hemos dicho que en Arquitectura faltan por completo las construcciones de carácter monumental, siendo, sin embargo, muy abundantes las de carácter utilitario, tales como vías de comunicación, puentes, murallas, construcciones mineras y algunas villas. En cuanto a la escultura, son muy escasos los ejemplares hallados en el territorio.²¹

La religión fue quizás uno de los aspectos que, en el fondo, menos

18. PLINIO, XXXIII, 21, 10-12.

19. BLANCO FREIJEIRO; FUSTÉ ARA, y GARCÍA ALLÉN, *La necrópolis galaico-romana de La Lanzada (Noalla, Pontevedra)*, en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 49, 1961, y 67, 1967.

20. PLINIO, XIX, 2, 4.

21. A. GARCÍA BELLIDO, *Esculturas romanas en Galicia*, en *Cuadernos de estudios gallegos*, XXIV, 72, 73, 74, 1969.

innovaciones sufrió. Roma nunca intentó eliminar las creencias indígenas, y lo único que hizo fue tratar de introducir los dioses del panteón romano buscándoles paralelos con las divinidades indígenas y asociándolos a ellos.²² De este modo las antiguas creencias continuaron existiendo aún después de introducido el Cristianismo en la región. Mención especial merece la introducción del culto al Emperador²³ y el desarrollo que obtuvo en esta zona; pero más que religioso tenía un sentido político, ya que sirvió para mantener unidos a todos los pueblos del Imperio bajo una misma creencia.

En cuanto a los ritos funerarios, aunque al principio se mantuvo la incineración, puesto que éste era el sistema común en todo el orbe romano, después se introdujo y generalizó el rito de la inhumación. Una de las necrópolis más representativas de esta época es la de La Lanzada.²⁴

Finalmente, tenemos el problema de la introducción del latín y su generalización en la zona. Generalmente se afirma que la extensión del latín como lengua hablada e incluso escrita se produjo en un momento tardío, a pesar de que desde el principio la administración pública se llevó en esta lengua. Así, se considera que el latín empezó a extenderse ya a fines del Imperio Romano, desde el siglo III, y que éste logró establecerse definitivamente en la región como consecuencia de la acción romanizadora de la Iglesia.²⁵ Ahora bien, cuando se adoptó el latín se hizo con tal fuerza, que desaparecieron por completo las lenguas indígenas, y de su extensión nos da fe el gran número de inscripciones halladas en la región.

En resumen, aunque el grado de romanización fue inferior en esta zona en comparación con otras del Imperio, no fue tan escaso como hasta ahora se había considerado. Además del poco interés que Roma puso en la romanización de las tribus galaicas, hay que pensar que los agentes de difusión más importantes, el ejército y los establecimientos romanos, los mineros, sobre todo en esta zona, no eran los más idóneos para la transmisión de la cultura latina en toda su pureza.

22. R. BLÁZQUEZ, *Religiones primitivas de Hispania*, Madrid, 1962.

23. R. ETIENNE, *Le culte imperial dans la Péninsule Ibérique*, París, 1958; C. TORRES RODRÍGUEZ, *El culto del Emperador en Galicia*, en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, VII, 23, 1952, 197 ss.

24. Cfr. nota 19.

25. A. BLANCO FRELEIRO, *La cultura castreña*, 191; A. GARCÍA BELLIDO, *La Latinización de Hispania*, 28 ss.